

1

BUAH. Los japoneses no son tan pequeños. Al menos este, el de la visita.«Takuboku», ¿qué os parece? «Taku-bo-ku». Qué nombre, ¿no? A poco que te pongas a cavilar... ¡Madre mía! Cuando llegué al taller y lo vi escrito en mayúsculas en la pizarra de los turnos, pensé que alguno de mis compañeros todavía estaba a vueltas con la máquina que planeaba comprarse como regalo de Navidad. ¿A qué parece el nombre de una motocicleta?

o que tiene siempre la razón. Por mucho que piense otra cosa, se equivoca; como todo el mundo, macho, como todos. No. Lo que yo digo es que, cuando espeta una cosa así, no hay motivo para creer que vaya a cambiar de idea. «¿Amenazas?», le preguntó a Carlos cuando a este se le ocurrió plantarle cara. «¿Que te estoy amenazando, dices? No, chaval, no. Lo que hago es despedirte, ponerte de patitas en la calle, darte pasaporte». Así se lo soltó, el muy cabrón: «darte pasaporte».

Con todo, yo no necesito que nadie me recuerde que debo hacer bien mi trabajo. Para otra cosa no valdré, como parece que le largó mi madre cuando vino a pedir por mí, mas para esto, y digo para tallar, pulir, engastar y todo ese rollo... Buah. Y mira que no es difícil ni nada dar cuenta de una pieza pequeña cuando tienes a alguien ahí, medio encaramado al hombro, con la nariz pegada a tu cuello y la peste del aliento... Por fortuna, el Takuboku este no es, por lo que se ve, uno de esos tipos que creen innecesario echarse desodorante cuando lo que toca es armarse de valor para visitar una fábrica que se supone llena de tíos desde las siete de la mañana. Olía bien. Y eso que sudaba, o eso parecía, porque su traje, bastante arrugado, dejaba adivinar un par de manchas sospechosas a la altura de los muslos y otras tantas en las inmediaciones de los sobacos. (Por cierto, que era un traje blanco, algo que por aquí, y sobre todo estando como estamos a mediados de diciembre...). Lo dicho: que el amigo no era como esos clientes que se dedican a meter las narices entre la pieza que trabajas y la punta de tus dedos, apestando a whisky, sudor o vete tú a saber si a meados, que ya no es la primera vez que se nos pre-

senta algún viejales cabrón con tantas pelas como incontinencia urinaria o sencillas ganas de marcar el territorio.

¡El cheque de fin de mes! El del «menda» –y me refiero a uno como el que me entregaron la última vez que cobré– recoge una cifra bien bonita: 30.000 pesetas. Treinta mil, chaval; mil y pico más de las que me corresponderían si Miranda se ciñese a la mierda esa del salario mínimo para los trabajadores de mi edad. Pese a quien pese, cuando quiere es un tipo legal. Si Carlos se tragase el orgullo y le pidiese perdón... Que sí. Que es un tipo legal. A ver el mes que viene, con los dieciocho. Mi padre –que en la vida ha visto una cantidad semejante– asegura que entonces el mínimo va a estar entre las cuarenta y cinco y las cuarenta y seis mil pesetas, pues resulta que cogió el bus hasta el pueblo y (sin que nadie se enterase) fue a informarse al local que los sindicatos tienen frente al parque. Yo pienso que si me doy a valer y hago las cosas bien, Miranda no se va a negar a estirarse un poco más. A lo mejor, hasta las cincuenta. Buah. Como para prenderle fuego a la Vespa e ir pensando en las letras de un coche, ¿no? Va a tener que hacerme un contrato nuevo, lo sé, pero estoy seguro de que no va a decir que no. Si quiere que me quede, no le queda otra. Lo sabe él y lo sé yo. La inspección de trabajo...

Mas para eso todavía queda mes y medio. Seis fines de semana, contando este que ya está ahí, llamando de nuevo a la puerta. En consecuencia, todavía tendré que cobrar otro de treinta. Y lo dicho: mi padre, que en la vida ha olido una cantidad así, más feliz que unas castañas. ¡Aún me acuerdo cuando llegué a casa la primera

vez, recién cumplidos los diecisiete, con una copia del nuevo contrato y el primer cheque con sus flamantes treinta mil bien puestas en su sitio! En cuanto mi vieja se lo aflojó, se me quedó mirando, entre dolido y emocionado, y salió pitando a la de Hipólito. Mi madre dice que a presumir de hijo. Yo creo más bien que a meterse entre pecho y espalda un par de tazas de vino, para después decidir si valía realmente la pena presumir de mí.

SÍ MUJER, SÍ. ¿Qué demonios sabremos nosotros de Japón y de los japoneses? Como dice mi Carlos, que no son buenos ni en fútbol ni en baloncesto, que en el *Tour* de Francia nunca participa un ciclista de ese país, que intentaron hacerle cosquillas a los americanos y como contrapartida tuvieron que apandar con dos bombas atómicas, que trabajan, o de eso se chufan, bastante más que nosotros (y que cuando hacen huelga van y trabajan todavía más), que de electrónica, informática y *rob... robo... robótica* parece que saben lo que no está escrito... Cuatro cosas, ¿miento? Cuatro cosas. Entonces... ¿Cómo iba yo a saber que en Omiya-ku, la ciudad desde donde llamaron para la reserva, no hay mar ni nada que se le parezca? De ser así, desde luego que no me iba a molestar en adecentarle el cuarto desde el que se puede divisar un trocito de la ría (cerrado a cal y canto desde que pasó lo que pasó) ni cambiar la decoración para que se sintiese como en casa. ¿Acaso no vivía en una isla? Pues ahí estaba la tonta de Concha rescatando la colección de conchas y soplándoles el polvo a las viejas fotos del desván: los barcos areneros, las mujeres carreteando

algas, el pasaje de la boca de la ría cuando aún no habían construido el puente... Y el cuadro, claro. Ese, el de los nudos marinos; el que siempre hizo pareja con el de las banderitas del código marítimo.

¡Quiá! Sin duda pensó que mi difunto (porque supongo que alguien lo habrá informado de que soy viuda) era marino. O marinero (la diferencia no es más que un condenado uniforme). Marino, marinero... Cualquier. Cualquier ocupación relacionada con el mar y con los barcos. De ahí que en nuestro pequeño hostel, a poco que uno abra una puerta o se quede mirando con atención las paredes...

¿Que por qué hice tal cosa? ¿Que por qué me tomé tantas molestias sacando cuadros de allí para ponerlos allá, reuniéndolos todos en aquella habitación que me juré no volver a abrir nunca jamás? No estoy segura. Imagino que para que el japonés se sintiese cómodo. O para dar a entender –y ya me dirás qué se me perdía a mí con esos trabajos– que, pese a formar parte de culturas distintas, el mundo, en realidad, no es tan diferente. Que el mar, aunque lo tengas que mirar por el rabillo del ojo desde el culo de la ría, es el mar en todos los sitios. El mismo mar, claro que sí.

El mismo.

PUES RESULTA que el único Takuboku que conozco no es otro que el poeta ese de comienzos de siglo que murió tan joven. Ishikawa, creo que se llamaba: Ishikawa Takuboku. (O al revés, nunca me quedó muy claro cuál es el nombre y cuál el apellido en Japón). El escritor, sí, ya

lo he dicho. Aunque ahora que lo pienso... Takuboku, Soseki, Kawabata... Todos, todos los japoneses que conozco son escritores: lo que nos lleva a decir, en realidad, que los *únicos japoneses* que conozco...

¡En fin! Hablamos, en cierto modo, de deformación profesional, ¿no es así? Está Soseki, el del libro tan famoso aquel del gato. Y Yasunari Kawabata, el de la novelita aquella sobre una suerte de prostíbulo donde los hombres pagan por dormir, y solo por dormir, con muchachas muy jóvenes a las que acaban de narcotizar tan solo unos minutos antes. Y Mishima, por supuesto. ¡Cómo podría olvidarme de Mishima! Cuando se suicidó, cuando mandó que le rebanasen el cuello, todavía estaba yo en Madrid haciendo Filosofía y Letras. ¡Lo que ha llovido desde entonces! La noticia corrió como la pólvora. Recuerdo que hasta se sugirió que guardásemos un minuto de silencio en la asamblea (clandestina, por descontado), pese a después saber que el *putsch* aquel, el disparatado golpe de estado que quiso dar desde el campamento militar de Ichigaya (esto último acabo de mirarlo en un libro titulado *Vida y Muerte de Yukio Mishima*, de un tal Henry Scott Stokes) era más bien una sublevación de corte *reaccionario*. En fin. Así éramos todos por entonces. Ni se nos pasaba remotamente por la cabeza que un escritor no fuese izquierdista. Estaban Agustín de Foxá, Sánchez Mazas, Pemán y toda la banda, claro, mas esos de escritores, exceptuando tal vez el primero, tenían lo que yo de *pinchadiscos* en el Florida Park del parque del Retiro.

Sobre Cela, ahora que le acaban de dar el Nobel, voy a tener que revisar algunas opiniones. (Y por cierto; que

M I S H I M A

oé Cartas a los años de nostalgia

374

oé La presa

Yasunari Kawabata Le bello y lo triste emicé

DEUTZ



la novia esa que se ha echado, la rubia, la pequeñita, estaba más contenta que unas castañuelas allí en la ceremonia. Hasta parecía que era ella quien se llevaba el gato al agua).

No obstante, y volviendo al tema, el Takuboku este no parecía un escritor. No sé exactamente qué, pero no *un escritor*. Más fuerte que grueso, con el cabello pringoso de brillantina, la mañana que entró en la biblioteca recuerdo que llevaba unos pantalones de lino holgados, una camiseta gris y unas deportivas. ¿Visten así, aun en invierno, las estrellas de rock en Japón? Porque si la respuesta es afirmativa, solo puedo quedarme a esa carta. Y que no se diga que le faltaban las gafas de sol porque allí las llevaba, bien visibles, colgadas del cuello de la camiseta.

No niego que su visita me agradase. Debo reconocer que cualquier cosa que me permita olvidarme un tiempcito de la mierda-de-las-galeradas-de-esta-mierda-de-libro que me traigo entre manos... Porque, además, uno no siempre recibe visitantes tan exóticos, ¿estoy en lo cierto? Por un momento pensé que iría a pedirme algún volumen sobre la historia de la comarca (para que el Alcalde supiese que no se equivocaba conmigo, lo primero que hice tras el nombramiento fue comprar todos los libros de materia local que fui capaz de encontrar por ahí) o, en su lugar, alguna publicación donde se hablase del arraigo de la joyería en nuestra zona. En inglés, claro, mas eso no era ninguna preocupación: el pueblo que mandó media generación a trabajar a Inglaterra, termina por contar más pronto que tarde con algún material en este idioma. De ahí

que me extrañase tanto que se limitase a pedirme los periódicos del día. Los periódicos, sí. La Voz, El Ideal, El Correo... Todo *eso*.

Se sentó en la sala de lectura —a esas horas vacía, pues la mayor parte de nuestros usuarios son alumnos del instituto— y se pasó un buen rato mirando las páginas finales, ya no sé si la predicción meteorológica, la programación de televisión o los pasatiempos... Me inclino a pensar que lo primero, que la predicción del tiempo. Por qué o para qué, ahí ya no sé decir; no tengo ni la más remota idea. Pero es lo único que posee cierto sentido. ¿O no? Hablando como habla otro idioma, y descontando acaso las *siete diferencias*, poco iba a rascar con los crucigramas, las sopas de letras y todo aquello. La programación, exceptuando las estrellitas de las películas, no cambia una coma de una cabecera a otra, por lo que carece de sentido hojear tantos diarios para consultarla. Lo único que puede requerir cierto cotejo entre ejemplares es el «tiempo», ¿no? Ver si coinciden los soles, las nubes, las gotas de lluvia...

¿Qué otra cosa podría ser? ¿El horóscopo?

QUE NO, TÚ. Que las cosas no cuadran. Porque a ver... ¿Qué cojones hace un japonés por aquí? Si aún fuese en Vigo, por lo de los coches, o si me dices en Ferrol, por el problema ese de los astilleros, la construcción naval, la reconversión y la Madre del Cordero... No me negué, por supuesto. Nunca lo hago. Ni puedo —y lo que es *infinitamente* más importante— ni me da la gana. Así fue que en cuanto llegó el rumor al sindicato, corrí a

anunciar que la *Federación de Industrias afines* (donde me he cansado de insistir que se encuentra incluida la actividad de los talleres de joyería) iba a personarse en cuanto visita se le ocurriese hacer al tipo ese de... ¿Omiya-ku? ¿Se llama así la ciudad de dónde dicen que viene? ¿Omiya-ku?

Puesto que en el taller de Pepe Miranda ya estaba todo el programa cerrado (el muy cabrón, cuando quiere, diseña unos protocolos que ni la mismísima Casa Real) decidí que mi primera intervención (y con eso me refero a la *Federación de Industrias afines*) va a tener lugar en el taller de Eladio Caramés, en el curso de esa cita que el muy cuco corrió a solicitarle a nuestro amigo en cuanto supo que había previsto pasarse por el negocio de la competencia. Afortunadamente las noticias vuelan y no siempre llegamos tarde. No. No siempre llegamos tarde. Ya envié allí al objetor de conciencia con los pasquines donde se fija hora y lugar (como otras veces, en la churrasquería que hay al lado del taller) para hablar del asunto antes de la visita y así averiguar qué opinión tienen, si es que –por una condenada vez– tienen ya alguna opinión formada.

Porque, a decir verdad, los cometidos del... Takuboku ese no están nada claros. Miranda tal vez sepa algo, pero Miranda es mucho Miranda cuando andamos por ahí los de sindicatos. En cuanto nos ve llegar, va y aprieta el culo, ¿sabéis de qué hablo? Aprieta el culo, deja de decir lo que estuviese a punto de decir y dibuja en la cara una sonrisa así, tan irónica como boba, que ya no sabes si no será cierto eso de que, pese a la buena mano que se da

para los negocios, no le iba a venir nada mal un buen hervor.

Resumiendo, tú. Que nadie sabe –que se sepa– qué es lo que pretende el japonés. Si lo único que hace es preparar una venta al por mayor de pendientes o anillos de oro, póngase por caso, o cerrar un trato de suministro de piezas trabajadas para venderlas él o sus jefes –lo que sería seguramente más deseable– no sé entonces a qué viene tanta visita, tanto examen a pie de obra. Una puede pasar. Por la curiosidad y todo eso... Pero todas las demás...

Porque ahí está el convite de Eladio Caramés, y en este momento ya no me cabe la más mínima duda de que los talleres de Paco Carballeira, y el de Buyo, y el de Salorio, están a la espera de que les llegue el turno. ¿No sería mucho más fácil que le enseñasen un muestrario del género y –quién sepa lo que es eso– algún *dossier* de prensa? ¿De qué se trataba: de ver cómo mueven los dedos nuestros trabajadores? ¿De cómo se manejan con los pulgares? ¿De qué estamos hablando? ¿De una puta visita al zoológico? Porque yo, de visitas de cortesía, ya no me creo nada. «A otro perro con ese hueso» como dicen por aquí. Por mucho que sean los propios joyeros quienes dan el primer paso. Que sé como son. Que los conozco. Que en cuanto escuchan alguna cosa sobre los planes que tiene la competencia...

Ya que con ellos no se puede contar, yo ya he comenzado a indagar por mi cuenta. Porque... ¿Hay quien pueda creer que, por muy virtuosos que seamos haciendo anillos y sortijas, y tan bien vendamos nuestro producto en las joyerías de Coruña o de Madrid,

va a venir alguien desde tan lejos para interesarse por el *perca*? No sé, tú. Algunos hablan de una inversión pistonuda, con docenas y hasta con cientos de puestos de trabajo nuevos, mas yo, esa inversión, hasta que no lo vea con mis propios ojos...